

ORGANO DE LA FEDERACION OBRERA DE MENORCA Y PORTAVOZ DE LA CONFEDERACION REGIONAL DE BALEARES

AÑO I

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN. ANGEL, 8

10 CTS.

Mahón 20 de Junio de 1925

N.º 25

VIDAS EJEMPLARES

## Francisco Pi y Margall

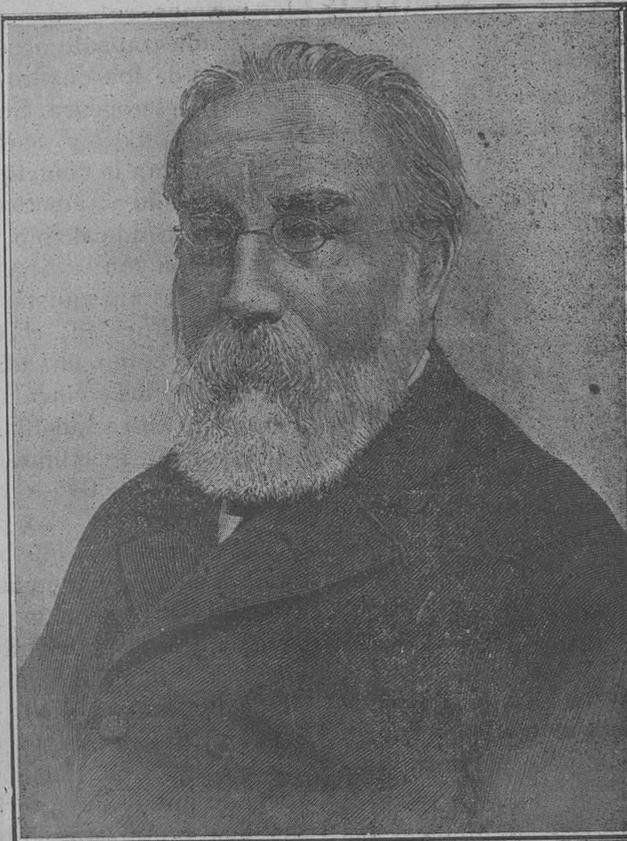
En estos ligeros apuntes que damos a la publicidad sin pretensiones de hacer una gran obra biográfica de ninguna de las grandes figuras que han aparecido y puedan aparecer, no podemos dejar olvidado al gran hombre del republicanismo español, que por su entereza, abnegación, desinterés e integridad, es de los primeros hombres que merece todo nuestro respeto y consideración.

Francisco Pi y Margall, es uno de los republicanos que no escribió ni peroró una sola palabra para combatir las ideas anarquistas, que, sin compartir sus principios y sus fines, tenía un concepto muy elevado de la doctrina y de sus hombres, encontrándose en las páginas de los periódicos dónde escribiera el gran republicano, más de una dedicada a ensalzarlas.

Por ser un hombre racionalista, analizaba todas las ideas y después de un examen minucioso la rechazaba o bien la abrazaba defendiéndola con ardor y cariño; no era un dogmático ni un fanático por eso; no hacía daño a sus enemigos políticos ni odiaba a nadie, buscando por todos los medios a su alcance devolver bien por mal.

Su honradez rayaba en lo increíble; rechazaba incluso los derechos concedidos por las leyes, como fué la pensión de cesantía de ministro; es el único ejemplo que se puede señalar entre tantos individuos como han desempeñado cartera ministerial.

Cuentan que siendo dependiente de una banca que quebró, pudo quedarse con una fuerte cantidad que no figuraba en el balance; y siendo



ministro de la Gobernación pudo meterse en la cartera setenta mil duros, del llamado fondo de reptiles y no se los metió.

Su honradez no sólo consistió en no robar sino en rechazar cuanto no estuviera bien justificada su procedencia y ganado por su trabajo; fué un incansable trabajador de la república federal. Afirmaba el derecho de los individuos y de los pueblos a gobernarse a sí mismos y a pactar libremente con otros.

Fué político, orador, escritor, periodista, crítico, historiador y abogado, y todas estas profesiones las ejerció sin ambiciones, sin detrimento de su dignidad; no vendió nunca su pluma; estuvo siempre al servicio de la verdad.

No obstante sufrió persecución por la justicia que no hacía justicia

al hombre que hablaba con el corazón en la mano. Por defender a los cubanos que querían su independencia, se le insultó con el vocablo de filibustero, independencia que se les ha dado a pesar de cuanta resistencia se puso.

Fué un sabio en toda la extensión de la palabra, y bueno como el más bueno de los hombres; amó y defendió en todos los momentos las reivindicaciones proletarias, y sus derechos a la asociación; fué uno de los defensores de la Internacional, a raíz de querérsela declarar ilegal en las Cortes.

Es autor de varias páginas notables de arte y de crítica; su Historia de España, es un modelo de sinceridad y honradez política, dejando los odios y el partidismo para ajustarse tan sólo a la verdad de los hechos.

Al caer ya su vida, redactó el programa llamado de Junio y publicó su semanario «El Nuevo Régimen», aparecido en Madrid, donde él sólo y su hijo Pi y Arsuaga, lo llenaban de sana doctrina y acerva crítica contra el régimen constituido.

Las juventudes intelectuales de aquella época seguían sus pasos como el maestro indiscutible, y de aquellos hombres salieron lo poco que ahora admiramos de vez en cuando en los periódicos, que aún salpican las ideas de Pi y Margall, quien les orienta desde su tumba, aunque parezca olvidado.

Pi y Margall fué un vidente discípulo de Rousseau, de Hegel y Proudhon, cerebros de gran comprensión para el futuro y para el desenvolvimiento de la sociedad humana; no descansaron hasta dar fórmulas y programas para su mejor bienestar y felicidad, destruyendo todos los prejuicios y prevenciones sociales, haciendo una y única clase entre los hombres.

Este hombre merece todos los respetos debidos de las generaciones presentes y futuras, por su bondad, su talento y abnegación, además por el ejemplo que ha dejado en todas las clases sociales, puesto que ninguno le puede igualar en haber hecho tanto y bueno, sin la ambición de que todos estamos poseídos.

Los que siguieron su política pueden estar orgullosos de tener como maestro tan preclaro talento, aunque sus huestes hayan quedado desiertas antes de la pelea.

Los que sólo admirábamos sus condiciones morales y su inteligencia, todavía seguimos sus pasos y sus consejos, luchando por alcanzar el ideal tan amado por esta gran figura, la libertad y la emancipación económica.

E. V. S.

## La Revista Blanca

SOCIOLOGIA, CIENCIA Y ARTE

Aparece el 1.º y 15 de cada mes  
Consta de 40 páginas 50 céntimos

### LA NOVELA IDEAL

Se publica los días 8 y 23 de cada mes  
32 páginas: 15 céntimos.

PEDIDOS A

Oliveras, 30 Barcelona-Guinardó

## Hay que resurgir

Pasan los días y las horas, sin que se vea un franco resurgir en nuestras filas. Parece que hayan muerto todos los entusiasmos, todas las gallardías, para dar franco paso a la más vergonzosa inercia y pasividad, al egotismo y a la indiferencia. Sólo tenemos energías para ensarnarnos en disputas tontas, en promover controversias más tontas aún, en insultarnos mutuamente por cualquier nimiedad.

Y nosotros, que nos decimos y nos preciamos de hombres de espíritu amplio y selecto, estamos dando la sensación de ser unos payasos indignos, unos mequetrefes sin solvencia ni seriedad. ¡Vaya manera de honrar y enaltecer las ideas!

Yo quisiera saber, el por qué, en la hora de ahora, se prefiere quedarse en casa, quietecitos, y no ir a rehacer nuestros organismos sindicales, y no ocupar nuestro sitio en las filas proletarias.

¿Acaso, sólo se quiere actuar cuando todo está pacífico y normal? Y, si

es así, ¿dónde está aquella energía y aquella férrea voluntad de que tanto blasonamos? ¿Seremos, por casualidad, solamente valientes y decididos en días de relativa tranquilidad?

El hombre convencido de los ideales que sustenta, debe en todo momento y en toda ocasión demostrar sus anhelos y sus impaciencias, sus energías y actividades

Y cuando las circunstancias se hacen difíciles y peligrosas, cuando las persecuciones arrecian, es cuando hay más necesidad de actuar con

toda firmeza, con máxima buena voluntad.

Lo esencial, para el anarco-sindicalista, es que los sindicatos, crisol en donde se funden todas las aspiraciones proletarias, no pierdan el contacto entre sí, no sean abandonados miserablemente; hay que sostenerlos con todo fuego y vigor, con entereza y virilidad. Y en la hora presente, ha sucedido todo lo contrario.

Tuvimos miedo de capear el temporal, y éste, en sus furiosas arremetidas, nos ha envuelto en sus asfixiantes remolinos, encontrándonos ahora con los cuadros sindicales destrozados, deshechos, sin potencia ni vitalidad.

Por eso hoy, ante el concierto po-

lítico de España, pudiendo serlo todo no somos nada. Con ser el factor social y político más importante, estamos a merced de todos. ¡Triste, es la nuestra situación!

Yo creo que ha llegado la hora de darnos cuenta del mísero papel que estamos representando ante el mundo proletario.

Hay que resurgir, si no queremos caer bajo el desprecio más absoluto de la clase trabajadora. Debemos de levantarnos con entusiasmo, si queremos ser dignos del historial de la C. N. del Trabajo, si queremos ser dignos de nosotros mismos.

O despertar o perecer, esto es el dilema.

VICTOR AURELIO

## PRINCIPIOS

### La posición del proletariado español

Mirar más allá de las posibilidades sería renunciar a esas mismas posibilidades a favor del adversario y del enemigo. Nada tan antipático y, por ende, contraproducente como discurrir con cerrazón sectaria en medio de una multitud espiritualmente heterogénea. Nada, en cambio, tan atrayente como una tenaz fuerza volitiva de consuno con un sentido de transigencia, que es expresión de libertad. Lo positivo y permanente es aquello que se capta por la persuasión en el orden de las ideas y por los ejemplos vivos encarnados por los hombres.

La Historia está llena de ejemplos elocuentísimos que constatan que, tanto como exaltar los corazones, ha debido ser cultivado el cerebro de las multitudes. Danton, ídolo del pueblo parisién un día, al siguiente sube las gradas del patíbulo en presencia y con el aplauso del mismo pueblo. Con ello triunfa el espíritu de venganza de Robespierre, apoyado por el populacho irreverente para con los dioses y los reyes, y Robespierre, poco después, con Saint-Just, Couthon y Lebas, es encarcelado para que cobre afecto al ateísmo. Uno y otro, los cuatro, son libertados por el pueblo, el mismo que asiste al espectáculo de verles guillotinar en la plaza pública. Y es que el pueblo es así. Llevado por sus entusiasmos, asalta la Bastilla, que es el símbolo de poderío y del despotismo de la realeza y de la sangre azul, hunde tronos y decapita reyes, y proclama César a Napoleón. Es la tragedia horripolante que se desarrolla entre dos polos opuestos... para caer en el punto de partida, allá de donde se quiso huir lacerados por el embrutecimiento, por la tiranía y por mil oprobios milenarios.

Y como si el absurdo fuese una fatalidad connatural a la razón de los pueblos, esas gestas de la Revolución francesa hallan sus precedentes en la Mitología, en todas las revueltas populares hasta llegar a la Revolución inglesa, y tienen su sucesión en la de la Rusia contemporánea.

Falta a los pueblos la conciencia de su valor social y el sentido de continuidad que conduce a nuevos y más amplios horizontes, y ello es un efecto, la expresión de un defecto

que, consciente o inconscientemente, a través de los años, es cultivado en todas las agrupaciones de partido o escuela, sobre todo en las agrupaciones populares de clase. El sentido de superación moral e intelectual de las multitudes está completamente abandonado en esas conglomeraciones; los problemas de cultura merecen un gesto despectivo; se acepta en ellas un legado de fórmulas y de frases hechas con más atención a la forma que al fondo de las mismas; se encienden los entusiasmos y exáltase la conflagración sin otro bagaje ni preparación que esas frases y fórmulas indigestas, y de ahí el espejismo que lo invade y trastorna todo, y de ahí, también, el constante vaivén con que se manifiestan las multitudes. Execran hoy lo que ayer aplaudían con loco entusiasmo, y vuelven a aplaudir lo que antes execraban.

No busqueis en la biología las causas de esas alternativas absurdas; buscadlas en la incultura, en el desconocimiento de las bases jurídicas, morales, políticas y económicas de la sociedad presente, en la inconsciencia del valor social representado por el individuo, en la incertidumbre de lo que se piensa, de lo que se quiere y de a dónde se va.

Lo que el corazón del individuo quiere, lo confirma o niega, por lógico o no, su propio cerebro, y en ello está el equilibrio de aquél. Haced una potencia emotiva sin una fuerza cerebral por guía, y el individuo no será un carácter, será tornadizo, juguete de todas las sensaciones, por encontradas que sean, e instrumento activo o pasivo, y con igual intensidad, en las explosiones revolucionarias y en los movimientos de reacción.

La Historia es rica en detalles de lo que nosotros sintetizamos en busca de una conclusión.

\*\*

Para nosotros, el Sindicalismo Revolucionario, sin un guía espiritual, sin una ideología que le sirva de oriente hacia una finalidad moral-económico-político-social, no tiene valor promisorio alguno, es nada. Hay que darle, pues, una finalidad concreta, y ella, para nosotros, debe ser el Comunismo libertario.

Y que ésta, ante la progresión de las grandes concentraciones del capitalismo, ha de manifestarse con grandes concentraciones proletarias para resistir el contraste con el enemigo. La lucha sólo es concebible en un ramo o industria cuando entre los individuos que lo componen existe el acuerdo para ello, y para que el acuerdo pueda existir o surgir, es preciso un punto de coincidencia que aglutine las voluntades. ¿Qué punto de coincidencia puede ser ese? ¿Las ideas y principios de moral? ¿Los intereses profesionales y económicos?

Hasta ahora, nadie ha demostrado que la convergencia de los individuos en el sindicato sea resultado de una coincidencia ideológica entre los mismos, coincidencia que se sabe negada con sólo observar la composición de los cuadros sindicales, de suyo heterogénea. Son los intereses profesionales y económicos los que provocan la coincidencia, y así, respondiendo al adjetivo revolucionario del Sindicalismo, y por una transacción con la hegemonía espiritual de los anarquistas, cuando éstos la usufructúan, el Comunismo libertario, como finalidad ideológica, puede y debe vincularse al sindicato; pero ello accidentalmente y para responder, repetimos, a la orientación del adjetivo revolucionario del Sindicalismo. Lo peligroso y, por lo mismo, inadmisiblemente sería que tomara cuerpo, a pretexto de lo accidental, la pretensión de darle al sindicato un carácter franca y exclusivamente anarquista, así proclamado de derecho, ya que la conversión del sindicato en partido político no puede ni debe hacerse, a no ser provocando una desintegración de masas que inutilizara el instrumento para la lucha de clases.

A los anarquistas debe bastarnos que la C. N. del T. admita el Comunismo libertario como finalidad accidental, y el que ella sea permanente responderá a la conducta y a la actuación, inteligente y moral con que nos produzcamos en todas las manifestaciones de la vida colectiva. Aun ahora, nadie nos disputará a los anarquistas la hegemonía en la C. N. del T., y privando en ella nuestra influencia espiritual, los sindicatos, de hecho, serán anarquistas; y lo que importa es el contenido, no el continente.

\*\*

La autoridad moral y la confianza, en las colectividades, se conquistan y mantienen realizando obra constructiva, dándola consistencia por el estudio, por la reflexión, por los procedimientos sin mácula, por un elevado concepto de la responsabilidad.

Y el deber de los dirigentes de la C. N. del T., ha de estar ahora en levantar a ésta sobre bases sólidas, haciéndola entidad de capacidad positiva y eficiente. Hay que gestar una juventud más enamorada de las letras que de las armas, amante de los gestos reflexivos y serios, alejada de los espejismos. Más que rodear el alma del individuo en un sentido de violencia sistemática, hay que darle la substancia de las ideas

y de las realidades y de su valor social, desarrollarle el sentimiento al igual que la comprensión, hacer de él, en fin, un hombre pensante y capaz de interesarse directamente en los problemas de la vida y de su manumisión integral.

Hay que hacer comprender el verdadero sentido revolucionario de la C. N. del T., que no es un sentido convulsionario, de galope furioso y sin rumbo, sino un sentido de creación de valores contrapuestos en absoluto a los valores de la sociedad capitalista, la cual subsistirá en tanto el sentido de creación sea trocado por el de subversión inconsciente... Y hasta ahora, no ha habido una seria creación de esos valores ni del verdadero tipo revolucionario equilibrado, capaz, con conciencia efectiva.

En posición de crear y hasta haber creado esos valores, debe ser la posición del proletariado español. El camino para ello está en la cultura, en los estudios sociales, y el Sindicalismo, los sindicatos, pueden y deben hacer mucho — en ello están comprometidos hace muchos años — para facilitar el paso por ese camino.

J. PEIRÓ

Cárcel Celular de Barcelona y Mayo 1925

## IMPORTANTE

**Rogamos a paqueteros y suscriptores procuren ponerse al corriente en sus pagos cuanto antes a fin de no entorpecer la vida de este quincenario y de que podamos todos seguir libres de obstáculos el camino que nos trazamos. Jamás hubiéramos creído, si la realidad no nos lo hubiera enseñado que se tuviera en tan poco la vida económica de un periódico obrero y se la comprometiese y arraigase tan frecuentemente y que tal hagan en ocasiones por desgracia numerosas, quienes debieran empararla y fomentarla. Esperamos que una vez advertidos cumplirán como honradamente puedan quienes tienen contraídas deudas como tales no saldadas y que en bien de todos conviene satisfacer.**

LA ADMINISTRACION

## APRECIACIONES

### UNA OPINION

Es fenómeno natural que las colectividades, sean de la naturaleza que fueren, sufran en distintos periodos de su desarrollo la atracción e influencia de otras colectividades o de acontecimientos importantes que se desarrollen a su alrededor, y que estos acontecimientos e influencias las desorienten. No es éste un fenómeno nuevo, ni de ahora; se registra en el pasado y probablemente se dará en lo futuro.

Las colectividades las componen los hombres, y como los hombres son influenciados y determinados por el ambiente que los rodea y por las condiciones en que su vida se desarrolla, de aquí que lleven a las colectividades de que forman parte el aire de la calle, las agitaciones y sujeciones de la calle. No puede sustraerse a ellas; es condición congénita a su naturaleza aceptar el determinismo que le rodea.

Y este fenómeno natural, corriente e innegable es el que ha hecho des-

viarse a los Sindicatos de la Confederación de la trayectoria que debieran haber seguido.

Pero no fueron sólo estos determinismos los que contribuyeron a desviarlos. Una gran parte de esta culpa, acaso la mayor y la más consciente mente aceptada, es la reflejada por el falso espejismo que hace creer la línea recta la más corta, olvidando que lo que puede ser cierto en geometría, deja de serlo, con frecuencia, en lo social.

No quisiéramos sentar afirmaciones temerarias; nos dolería caer en esos empirismos que tantas veces hemos combatido; sin embargo, y aun a pesar de que se nos tilde de temerarios, afirmamos que esa torcida interpretación de los fenómenos sociales, el interpretarlos como una línea recta, es una de las causas eficientes de nuestro decaimiento actual.

Somos revolucionarios, se ha dicho y repetido con harta frecuencia, y como la revolución es violencia, destrucción y aniquilamiento de unas formas suplantándolas por otras, se ha sacado la conclusión de que todo lo que no fuera prepararse para la violencia revolucionaria, no tenía razón de ser ni debía interesarnos.

Sin embargo aun y aceptando esta creencia no nos hubiese sido del todo perjudicial si, correlativamente a ella, no se hubiese admitido y aceptado como método de la más completa preparación revolucionaria la violencia sistemática e individual.

Se dirá que aceptada una premisa hay que aceptar también sus consecuencias, y esto es una verdad a medias. Cierto. ¿Pero cuáles consecuencias? De un gran trozo de madera, puede hacerse una mesa; pero también puede hacerse un banco, un armario, una puerta y muchísimos otros objetos. Es indudable que todos los objetos son de madera, y aún de la misma calidad y del mismo tronco. Mas lo cierto es que no todos tienen la misma forma ni pueden utilizarse para los mismos servicios.

Algo parecido ocurre con las premisas sentadas. En el curso de una discusión puede sentarse idéntica premisa por ambas partes; ahora que, las derivaciones que de ella saquen los contrincantes pueden ser opuestas. Y así ocurre ahora.

El hecho de que la revolución sea violencia en última instancia,—tén-gase bien en cuenta esto: en última instancia,—no quiere decir, ni remotamente, que debamos aceptar la violencia individual y sistemática, la violencia porque sí o por capricho, que a esto se reduce, en último lugar, la violencia sistematizada como consecuencia del hecho de que seamos revolucionarios.

Somos partidarios de una profunda transformación social, de una más justa y equitativa distribución de la riqueza; queremos para el hombre, para todos los hombres sin distinción un medio social donde el altruismo y la solidaridad bien entendidos sean como faros luminosos, como estrellas refulgentes que iluminen su camino. Pero de que anhelemos esta transformación social y cuanto más profunda y completa mejor, no puede sacarse la consecuencia de que debamos aceptar la violencia como único y solo procedimiento para lograrla.

La línea recta, ese concepto geométrico aplicado a las luchas sociales y que es el recomendado por los partidarios de resolverlo todo a golpes, vuélvese en este caso contra quienes lo utilizan y, espada de Damocles suspendida sobre la cabeza de los partidarios del concepto geométrico, hiere a los mismos defensores del procedimiento.

No. Hay que convencerse. En la lucha social, a veces, lo que parece más lógico, lo es menos, y queriendo correr demasiado se cae uno de bruces y las narices quedan transformadas.

Ser revolucionarios no quiere decir que no haya otra ley que la de la fuerza, que la suprema razón resida en los puños o que la solución de aspectos o del problema social en su conjunto háya exclusivamente de servirse a la fuerza.

Para revolucionar hay que evolucionar primero. Para hacer, se ha de saber anticipadamente lo que ha de hacerse. La revolución llega cuando la evolución ha terminado el periodo preparatorio y de madurez. Es entonces cuando la hora de los gestos gallardos se impone. Mientras tanto, no. Mientras tanto, en vez de jugar a la revolución y escupir bravatas que no pasan de serlo, vale más capacitarse convenientemente para la obra a realizar.

Límpiese primero el cerebro de la roña que lo cubre, y después, una vez limpio, hablemos de lo otro, de lo que interesa, de cuál es la línea más corta para conseguir nuestros propósitos.

Tal es nuestra opinión.

A. PESTAÑA

## ANALECTAS DE LOS REDENTORES

I

¡Redentores...!

¿Pero es que aun no se ha extinguido esa clase de bichos raros e innecesarios?

Todavía no... ¡Qué desgracia! Nuestros deseos vehementísimos no lo quieran así; pero, contra lo que cabía esperar de esa bella verdad que denominamos Progreso, no solamente hemos de constatar la existencia de los Redentores, sino que lamentamos, además, la pasmosa facilidad con que se reproducen.

A los hongos los dejan tamañitos...

Es de temer, al paso que vamos, que de no surgir una peste que ataque exclusivamente a los Redentores y que los extermine por completo, dada la prolificidad de semejantes bichos, cualquier día los hallaremos hasta en el plato soperero.

Esto sí que sería una calamidad... La mayor de las calamidades que podría acontrecernos... ¡Palabra!

Ignoro el por qué, cuándo y cómo —yo soy muy ignorante— pero, repetidamente y en diferentes lugares del emisferio, he notado que desde el más zafio Redentor, el más rufián, pasando por toda la escala de las gradaciones redentoriles, manifiestan una preferencia loca por el buen puchero y la sabrosa sopa. Quizás obedezca a que la tendencia a redimir nace del estómago... Todo puede ser, no creais...

En cambio, y esto lo garantizo formalmente, en mi constante deambular por este diablo mundo, nunca ví ni hablé con ningún Redentor que hiciera patente su dilección por empuñar las herramientas de trabajo... He ahí un dato muy elocuente.

En cierta ocasión se me ocurrió preguntar a un Redentor popularísimo:

—¿Por qué no trabajas, Redentor?

—¿Trabajar...? ¡Vaya tontería...!

¿Qué es eso de trabajar...? ¿Tú sabes lo que dices...?

—Hombre: creo que sí... Al decir trabajar he querido darte a entender que produjeras, confeccionaras o elaboraras cosas útiles, productos necesarios o géneros de uso imprescindibles

para los individuos, para los componentes de la colectividad.

—¿Eso es trabajar...?

—Eso...

—Pues, eso es una solemne estupidéz. Que trabajen los *ingleses*... Que produzcan los tontos... Mi misión, indiscutiblemente, es otra: vivir a costa del trabajo ajeno...

Esa fué la contestación del Redentor.

No me negareis, amigos lectores, que todo Redentor, sin que quepa establecer excepciones, se da ínfulas de ser un pozo archi-profundo de filosofía y tiene la pretensión, rayana en la monomanía, de hablarles de *tu* a los *lince*s.

Si diéramos crédito a sus pretenciosas palabras, resultaría que, dentro de cada señor Redentor, hay un *filosofastro* en ciernes, que no es lo mismo que un *filosofastro* ni se debe confundir con un filósofo.

La diferenciación es notable, aunque no lo parezca.

Y, a propósito, ya que de la filosofía de los Redentores hablo, a trueque de ser tildado de malicioso, gracioso o lo que sea, he de consignar mis fundadas sospechas de que esos sujetos innecesarios no profesan los principios filosóficos de la escuela aristotélica, ni de la epicurista, ni de la racionalista, por no citar otras.

¿Forman acaso, escuela propia?

Efectivamente... Y con un nombre por demás expresivo... Helo aquí: *Escuela de la Frescura*.

Yo creo, sin que esto signifique que me las doy de erudito ampuloso y venal, que la mentada y fresca filosofía de los Redentores es oriunda del fresquísimo Polo Norte o, cuando menos, de algún animal de los que viven en covachas de hielo. ¿De las focas...? Casi tengo la seguridad... Por eso sospecho, siguiendo el hilo de mis creencias, que entre los Redentores y las focas existe cierto parentesco espiritual y que, de cierta manera, son hermanos colaterales.

ARMANDO ARTAL

## RENOVACION DE LA VIDA SOCIAL

Concíbese la facilidad o cuando menos la posibilidad de que, a fuerza de tiempo y de trabajo constante, una fuerza popular (partido, liga u organización) derribe los poderes constituidos y declare abolida la usurpación propietaria, contando con que tal entidad revolucionaria, además de su propia fuerza, tenga en su favor la simpatía de la generalidad y una preparación suficiente de la opinión pública.

A ese punto culminante, a que ha de llegarse ineludiblemente un día tras la penosa ascensión progresiva, hemos de subir preparados para descender por el lado opuesto continuando libre y racionalmente la vida social.

Durante el acontecimiento de transformación revolucionaria y después del triunfo se ha de comer, vestir, habitar, y si tales trabajos, que representan la satisfacción de necesidades imperiosas de momento, como todos los demás trabajos, se hacen hoy por cuenta y beneficio especial de los privilegiados; expulsados o inutilizados gobernantes y capitalistas, han de hacerse por los trabajadores espontáneamente en beneficio de todos, incluso los enemigos ven-

cidos.

De no hacerlo así rebrotará con nuevo nombre el gobierno y el capitalismo con todas sus deplorables consecuencias reaccionarias.

Al día siguiente al en que una ciudad, por ejemplo, los negociantes de cereales y los patronos tahoneros pierdan el uso y el abuso de su propiedad y, por tanto, dejen de abastecer el mercado, es preciso que no falte el pan necesario para la alimentación pública.

Los panaderos asociados y dispuestos a trabajar sin la dirección ni mando del patrón han de satisfacer esa necesidad.

Lo mismo que los panaderos han de hacer los trabajadores todos en su especialidad técnica concordante con su correspondiente necesidad social, después de haber suprimido el propietario capitalista.

Convenido en que para llegar a esa transformación de la sociedad no ha de esperarse a que todos los trabajadores estén asociados; pero es necesario que existan los sindicatos que sirvan de núcleo a que rápidamente puedan agruparse los ex asalariados, las masas de los faltos de iniciativa, los trabajadores emancipados de la explotación capitalista, considerando que si es utópico esperar la revolución hasta que todos los trabajadores se hallen asociados, más utópico es esperarla sin la menor organización obrera.

Los servicios públicos han de ser desempeñados por las asociaciones de los trabajadores prácticos en cada servicio.

Estas asociaciones atenderán a la vez al bienestar de sus afiliados y al bien común, quedando imposibilitadas de prevaricar por dignidad propia, por la fiscalización de la opinión pública, por los lazos de mutua dependencia con las demás asociaciones y por el derecho de todos a formar parte en cada una de ellas contribuyendo a sus medios especiales de producción.

No ha de haber división fija entre quien dirige y quien ejecuta, ni dirigir significará ya mandar, ni ejecutar obedecer, porque la dirección del trabajo pertenecerá de hecho y de derecho a los trabajadores, quienes por razones de conveniencia técnica dividirán entre sí las funciones como mejor les parezca.

Cuando sea necesario delegar individuos para determinadas funciones, se hará con mandato limitado, sujeto a fiscalización y aprobación y nunca con fuerza para obligar.

Así concebida la asociación de los trabajadores, en su acción de crítica y de lucha contra la sociedad de la usurpación propietaria y del monopolio capitalista, y aún prevista la acción de los triunfadores traspuesto el punto culminante, se impone la necesidad del estudio de la sociología dirigido al fin de continuar el trabajo prescindiendo de pagar al señor el odioso e inicuo tributo llamado derecho de sucesión.

Así como los esclavos y los siervos se libraron de la esclavitud y de la servidumbre, así los jornaleros hemos de librarnos de la paga escatimada por el monopolio.

ANSELMO LORENZO

## Leyenda popular

A Ignacio Ballarín

Fraternalmente

Cuenta una leyenda popular, digna de toda fé, ya que las personas que lo afirman son de solvencia intachable y bien cimentada reputación que, deseando Jesucristo después de diecinueve siglos de ausencia, dar una vuelta por el mundo para asegurarse por sus propios ojos cómo iban las cosas de la Tierra—amante como es de los hombres y de hacer el bien a manos llenas—, pidió a San Pedro, uno de sus amigos predilectos, que le acompañase; y así lo hizo el buen varón, después de dejar a otro las llaves que cierran herméticamente las puertas del paraíso, bajando los dos de una sola tirada, en las alas de dos ángeles, a este valle de lágrimas.

Bueno será que nosotros recojamos la bella leyenda, la demos al público por si hay gentes que la ignoren, sin dejar en el tintero ninguna de las cosas que la adornan y pudieran restarle veracidad.

Cristo en compañía de su camarada de viaje, con sus muchos años sobre las espaldas, ambos canos y de luengas barbas con primor y delicadeza peinadas, un poco encorvados y algo miopes por los años y de tardío andar, lo primero que se procuraron fueron unos malos trajes, malos por haber sido usados y remendados cien veces, por haber tenido la dicha de caer en el corral de un traperero usurario, con lo cual se remediaron para cubrir sus enjutos y delicados cuerpos. Y así, de esta manera equipados, salieron a correr aventuras por el mundo, desde luego guardando el incógnito, pues, Cristo, más que otras cosas de interés, quería saber cómo cumplían sus ministros y fieles el postulado de sus mandamientos.

Pero ¡cuán cambiadas encontraron las cosas!

Aquellas espesas selvas que cubrían casi toda la superficie de la tierra con sus corpulentos y varios animales y aves sosas; aquellos árboles tupidos y frondosos de eterna frescura, cargados siempre de apetitosos frutos y otras cosas que sólo él sabe, ya no existían.

Los progresos de la humanidad fueron tantos y tales, que Cristo hubo de confesar de buena fé que nada en la Tierra permanecía igual que cuando él partió. Por eso su asombro no reconoció límites.

Cada progreso de los hombres, el pareció un sueño maravilloso, y hubo de exclamar atónito en las narices de su amigo insigne: Pedro. Esto es más que nuestro paraíso. A lo que respondió el llavero mayor: ¡Pardiez! En verdad que te sobra razón.

Mas, después de largo andar por rectas carreteras a menudo cruzadas por veloces autos, Cristo que no sabía de su asombro continuó: ¡Chico! Esto es admirable. Que bichos son esos que traigan las distancias como un hambriento el pan. Juraría que el dios quiere jugarnos una mala partida desde su trono. ¿Habeis visto cosa igual?—¡No, por mis llaves! Estas cosas no existen en el cielo—repuso

Pedro. Así pulaticaba cuando por encima de un puente pasó un tren a toda velocidad con tanto ruido que dejó sordos a los dos caballeros.—Voto a Dios—gritó Pedro,—esto pasa de broma pesada. ¿Conoces ese animal de larga cola que echa fuego por los ojos y humo por la cabeza? ¡Aseguraría que sale del infierno!

Llegaban en este momento frente a un gran palacio de mármol rodado y cercado por doradas verjas, detrás de las cuales lucían su hermosura bellísimas rosas mecidas al compás del viento en sus rosales, cerca de las cuales dos fontanas primorosas lanzaban dos chorros de agua cristalina que brillaba a los rayos del sol formando iris.

A tiempo hemos llegado—dijo Jesús a Pedro. Entra ahí y pide agua porque tengo una sed que me quema. Pedro que ardía en iguales deseos, no se hizo repetir. Mas no todo sale a pedir de boca en este pícaro mundo, que el agua con ser mucha no siempre está al alcance de todos. Esto sucedió a Cristo y a Pedro. Un enorme portero de nariz roja y aplastada y ojos saltones detuvo el paso a Pedro y le increpó: ¿Dónde te atreves, ¡vive dios!, no ves que esta es la casa de un gran ministro del señor?—Por lo mismo, aseguró Pedro. Mi compañero y yo tenemos sed y queremos apagarla en fuentes cristianas.—Aquí no entra nadie sin permiso de su excelencia—volvió a rebufñar el ilota—¡váyanse o juro partírles la cabeza de un palo!

En ese mismo momento salía un señor muy rollizo y de noble presencia, vestido de negro. Es un sacerdote, insinuó Jesús. Este no nos negará agua; pero el tal señor contestóles con un: «Dios los ampare».

No esperaron más. Un poco mohinos se alejaron y Cristo suspiró: Estos no son discípulos míos.

Ya llevaban unas horas más de camino cuando se encontraron frente a un castillo. Dos leones guardaban la entrada y todo él estaba rodeado de altos muros. Llamaron a una gran puerta en el momento en que esta se abría para dar paso a una señorita hermosamente ataviada y de una hermosura sorprendente, seguida de un caballero de alta copa y flamante escudo. Pedro, ni corto ni perezoso, encarándose con ellos dijoles respetuoso, como tenía por costumbre: Señores: tenemos hambre; ¿no podrían darnos algo de qué comer y beber? Riose la niña y el señor también, sin dignarse contestarles. Cristo volvió a decir a Pedro: Ven, vámonos. Estos tampoco están conmigo.

Así fueron caminando hasta que toparon una ciudad. Entonces dijo Pedro: Aquí tendremos mejor suerte. A poco de andar por ella sintieron risas y cantos que salían de una casa. Esta es gente alegre; dígoles Pedro, que ahí serás mejor recibido. Abrió Pedro la puerta que sólo estaba un poco entornada y vió como dentro unas cuantas mujeres de vida alegre y unos hombres de pésima catadura, de color pálido y largos cabellos esparcidos, comían y reían en torno a una mesa. Señores, dijo Pedro, tenemos hambre. ¿No podrían darnos algo de comer y beber? Veníamos de largo viaje y no hemos

probado bocado. La humildad con que Pedro pronunció estas palabras movieron a compasión el corazón noble de aquellas mujeres de alegre vida y ya se disponían a darle una ración de buen vino y pan, cuando interponiéndose un chulo vociferó: Aquí no queremos pobres, sino ricos que vacíen los bolsillos; pobres a otra puerta.

Y Jesús volvió a repetir: Tampoco aquí hay ninguno de los míos. Poco después se detuvieron delante de una casa de aspecto sencillo y pobre, de cuyo interior surgían voces blasfemas. Entra ahí dijo Jesús a Pedro—Para qué, ¿no oyes que blasfeman?—Entra, repitió Jesús. Accedió Pedro y trémulo llamó a la puerta. Una voz fuerte de dentro gritó ¡adelante! Hízolo Pedro, casi temblando, pues tenía por seguro que allí correría igual suerte y ante sus ojos pudo ver a una madre llorando, a una hija enferma, a dos chiquillos pidiendo pan y a un hombre de edad, moreno y de callosas manos, sentado en rústico banco. Qué desea buen hombre—dijo aquél. Señor, vengo de largo viaje, tengo a mi compañero a la puerta y deseamos comer algo y beber agua fresca para reponernos de las fatigas del camino. Bien, muy bien, respondió el hombre. Se ha juntado el hambre con las ganas de comer; Petra, dijo dirigiéndose a la mujer, ¿qué hay para comer? Sólo pan, respondió ella. Pues dales pan y agua fresca. Aquí tengo dos reales; toma vete a buscar algo y dáselo también. Es todo mi capital. Un día sin pan y sin fumar me cuesta. Pan, higos, nueces y agua fresca fué el banquete de ambos. Jesús miró a Pedro con ternura que parecía decir: Ves, ¿no te lo decía yo? Aún me quedan discípulos en la Tierra. Jesús y Pedro abrieron los brazos a aquellas gentes, y cariñosos y agradecidos se despidieron. Al ir a traspasar el dintel de la puerta, el dueño dijo a Jesús: Tenga este libro, es un tesoro, yo se lo regalo. Jesús leyó: «La Conquista del Pan» por P. K. Y añade la leyenda que con tan preciosa carga, Jesús y Pedro se volvieron al cielo.

CANTA CLARO

Cárcel de Santander

## El hombre peligroso

## FRAGMENTOS

Se me califica de hombre peligroso. Los gobernantes, los magistrados y los policías, concuerdan en atribuirme este vicio, o esta virtud pues que esto no está bien determinado en efecto; yo no he sido nunca portador de arma alguna; no amo las reyertas; yo profeso un marcado horror por las soluciones de los conflictos a puñetazos y sus derivaciones judiciales. Todo esto no implica que las «autoridades» me califiquen de hombre peligroso. Yo no me he aprovechado jamás de la miseria privada o pública para especular sobre las situaciones angustiosas del prójimo.

Es verdad que yo llamo las gentes y las cosas por su nombre. Yo trato de explotar a quienquiera sustrae un beneficio sobre el trabajo de los desheredados, cuyos privilegios le permiten alabar el esfuerzo.

Y es por lo que yo figuro en la lista de los «hombres peligrosos».

E. ARMAND

## INTROSPECTIVOS

Deambulando al azar, héme cruzado con un individuo de buen porte, luenga barba y mirar distraído: abstraído, más bien. Iba gesticulando, aunque sin pronunciar palabra Diríase que sostenía un acalorado diálogo con un personaje imaginario; Gíges, quizá, su merced a cuyo anillo hacíase invisible. Posiblemente, no era un diálogo con un ser distante, sino más bien un soliloquio torturante; o, por último, un coloquio consigo mismo.

Lo he compadecido, no porque le supusiese presa de una crisis de demencia, sino por el contrario presentíale acuciado por uno de esos momentos de deliriosa lucidez en que el individuo va creando realidades imaginarias que desfilan ante su mente abstraída, para ir las devorando a medida que se suceden, ya que todo hombre tiene su momento sentimental. El hombre: ese eterno *mangeur de rêves*, único animal que goza del privilegio de poder reír, según Rabelais, bien que siempre ría cuando todo concurre a predisponer al estimulante opuesto.

Y no sé por qué, recordé una añeja lectura «El Vértigo» de G. Núñez de Aral, cuyos son estos dos versos:

«... hay vez en que pesa más  
un pensamiento que un mundo.»

AGUSTÍN GIBANEL

Paris, 24-5-1925

Pro-Carmen Roca,  
Vda. compañero Llacer

Del Comité Pro-presos de Paris hemos recibido 100 pesetas para la viuda del compañero Llacer muerto en Barcelona.

## RECOMENDAMOS LA LECTURA DE:

	Pesetas
Multatuli. — Páginas selectas	
Eduard Douwes . . . . .	1'00
Dios y el Estado. — Miguel Bakounin . . . . .	1'00
Dos años en Rusia. — Emma Goldman . . . . .	0'50
Entre campesinos. — Enrique Malatesta. . . . .	0'20
A paqueteros y suscriptores el 20 por 100 de descuento.	
Pedidos acompañados de su importe a esta Administración.	

## Suscripción a favor de José Batlle

## Enfermo y preso en la Cárcel de Barcelona

	Pesetas
Suma anterior.	59'00
Lorenzo Martí . . . . .	5'00
Miguel Ferrá Porreras . . . . .	1'00
R. Vidal . . . . .	1'00
Suma total.	66'00

## SUSCRIPCIÓN PRO - "FRUCTIDOR"

	Pesetas
Lorenzo Martí . . . . .	1'00
L. C. P. . . . .	0'70
Total.	1'70

TIPOGRAFÍA MAHONESA